

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

COLABORADORES:

SR. D. LUIS DE LUNA,
Juez de Instrucción.

ILMO. SR. D. SEBASTIÁN MARTÍNEZ
DE PINILLOS, Jurisconsulto.

SR. D. MANUEL GUERRERO,
Catedrático de Filosofía.

SR. D. FILEMÓN BLÁZQUEZ,
Inspector de 1.ª Enseñanza.

DR. D. SERVANDO A. DE DIOS,
Publicista.

DR. D. ÁNGEL MATUTE Y VALS,
Profesor de la F. de Medicina.

DR. D. JUAN REINA Y CASTRILLÓN,
Médico de la Benefic. Municipal.

D. ENRIQUE MIRANDA Y SÁNCHEZ,
Alumno de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTÁ, 12.

SUMARIO

Disciplina Social: Filemón Blázquez.—*Higiene de los niños.*
El sueño: Doctor Pérez-Valdés.—*Mosaico infantil:* Luis de
Luna.—*El niño rural:* Fernando Quiñones.—*Puericultura:*
Servando Camúñez.—*Baños de mar:* Bartolomé Gómez
Plana.—*La educación y la instrucción:* Nicolay.—*Higiene*
Social. Investigación Médico-Pedagógica sobre la pereza:
(Le Avenir Médical)—*Refranero pedagógico hispano-ame-*
ricano (Continuación): R. B. y S.—*Varia.*

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes 0'75 ptas.
Fuera : Trimestre 3

PAGO MENSUAL.

Año I.

Cádiz: Julio 1921

N.º 4

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

DR. BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA

PUBLICACIÓN MENSUAL

Año I

Cádiz : Julio 1921

Núm. 4



Niña de 7 meses.

DISCIPLINA SOCIAL

Sigo encastillado en el parapeto de mi observatorio. Hoy es una niña monísima, de ojos negros y cabellos rubios, la que ha llamado mi atención. Sobre el umbral de la puerta está sentada la pequeña mamá, teniendo en su regazo uno de esos muñecos que la habilidad infantil forma de los trapos viejos. La indumentaria se acomoda perfectamente a la época; traje corto y ligero, brazos al aire y lucidos lazos al moño. Pero le faltaba la cara; belleza y gracia de las muñequitas de biscuit y que constituyen el encanto de las diminutas mamás; como lo son en los niños, esas boquitas de sonrisa angelical, de expresión candorosa; como son los ojos de las tiernas criaturas, alegres, de mirada dulce, llena de misteriosos encantos, de belleza sin igual, que cautiva, seduce y subyuga. Faltábale lo principal al bebé de la niña rubia; faltábale el rostro que ella estaba delineando cual hábil artista y que su fantasía veía rebosante de vida y lleno de belleza y hermosura. Eterno soñar de la mayor parte de los hombres, que no ven en la vida otra cosa que un constante pasatiempo o un continuo entretenimiento. La nenita jugaba a las «casas» improvisando muebles, formando habitaciones y construyendo enseres de cocina con tanta escasez de medios como sobra de recursos y maestría. Y en medio de su pobreza, con su muñequita de trapos, con la muñeca que ella había confeccionado, gozaba y se entretenía, hablaba y cantaba cual si se tratara de un ser viviente.

La niña de los rubios cabellos se movía nerviosa, impaciente; quería dar vida a su muñequita: ella deseaba que sus labios se movieran, que aquellos ojos que ella acababa de pintar en la bola de trapo, se animaran; quería dar a su muñequita el soplo de vida; quería que aquellos viejos girones que ella supo amañar y dar forma, sintieran con ella y le acompañara en sus emociones y afectos. Ella quería hacer lo que hace el hábil educador: sacar de las almas muertas por la dejadez o la ignorancia, vida intensa del espíritu, sentimientos y buenos deseos; quería que su muñequita pensara, sintiera y con ella dialogara. Por eso ella se movía nerviosa e inquietante. Era la impaciencia del que crea, era el movimiento de transmisión espiritual, el momento supremo de la concepción del artista.

Por fin desistió. Allá en el fondo de su alma quedó sepultada aquella impaciencia, que no volvió a surgir más, adormecida por las distracciones del juego. La niña siguió jugando, dando volteretas al muñeco, que nada decía, y moviéndole a su antojo. Era la voluntad virgen, sin hábitos de vencimiento, ni noción de la disciplina, dominando al muñeco de trapo.

Yo me retiré pensando en lo que será de esa niña cuando los años pasen. Pasará a la vida real y no sabemos si entonces sabrá vestir los muñecos vivientes con la misma habilidad y con igual ingenio que a la muñequita de trapo. Tal vez continúe pensando que la vida es un continuo juego, un constante pasatiem-

po, si la realidad no le dijera que la vida es una lucha donde se precisa mucho valor, mucha valentía, una gran cantidad de energía, porque en ella se necesita realizar un constante esfuerzo; que la vida no es como el juego, donde no es menester esfuerzo ni disciplina, porque envuelta la voluntad por la dulzura y suavidad que producen las emociones que da la fantasía, camina al antojo y discreción de la veleidad e inconstancia, características del alma infantil.

La muñequita de trapo se mueve en todas direcciones, sin llantos ni protestas, obedeciendo los impulsos de una voluntad independiente; pero los muñecos de carne no son los bebés de trapo.

¡Qué desilusión para la niña de los cabellos rubios, cuando la vida no obedezca al concepto que de ella tenía formado, cuando los muñecos no se muevan como lo hacía su muñequita, o cuando haya que luchar con las mil contrariedades y con tantos obstáculos como en la vida real se presentan!

Es muy dulce el camino de la vida voluntariosa y libre; pero la vida no es un juego, y para que los desengaños y sinsabores de ella no desgarran nuestra alma y la queden inservible para siempre, es menester que desde pequeños nos vayamos preparando y fortaleciendo en el orden y en la disciplina.

La vida es muy llevadera y agradable, en tanto no se nos exige esfuerzo alguno; pero es muy áspera y dura cuando la voluntad necesita realizar algún esfuerzo.

Manjón dice que en punto a disciplina somos gitanos. Y dice verdad; que todo trabajo que supone esfuerzo, constancia o disciplina, nos subleva, nos repugna.

Malo y execrable es privar a los niños de los elementos necesarios para su crecimiento y desarrollo, tenerles en habitaciones o en lugares sin aire y alegría; pero lo es mucho más dejarles crecer sin orden ni disciplina, sin sujeción ni método, lanzarles a la vida sin preparación ni fuerzas, abandonados a sus impulsos y veleidades, a su antojo e inconstancia, que es lo mismo que lanzarles a la infelicidad y a la miseria.

Mucho vale una raza sana y vigorosa, saludable y fuerte; pero si no hay disciplina en el hogar, orden en la casa, método en los individuos, arreglo en la familia, ni tendremos hombres fuertes, ni sociedad disciplinada.

Y no esperemos a ser hombres para metodizarnos, pues en esto hay que comenzar cuanto antes: desde la cuna.

Ya sé que ello exige esfuerzo, sacrificio, constancia y abnegación por parte del educador y del educando; por eso es esta conquista de infinito valor y de inmenso mérito; pero es el único medio de dar a la raza la fuerza y vigor que necesita.

¡Y cuánto hay que hacer en este asunto! Maestros, educadores y, sobre todo, padres y madres de familia, disciplinad al niño, enseñadle desde muy pequeño a ser ordenado; acostumbra a que realice algún esfuerzo, a que dome su voluntad, a que sepa contrariarse, a que obedezca.

FILEMÓN BLÁZQUEZ

Inspector de Primera Enseñanza

HIGIENE DE LOS NIÑOS

EL SUEÑO

Para EL NIÑO

No es frecuente que las familias intervengan en la reglamentación del sueño de los niños, y por regla general duermen éstos cuando y cuanto se les antoja. Este proceder es conveniente durante los primeros meses que siguen al nacimiento, en los que el recién nacido necesita dormir casi todo el tiempo que no dedica a alimentarse; pero desde los seis u ocho meses se les debe someter a un régimen que pudiera llamarse natural, y que consiste sencillamente en hacerles dormir desde que oscurece hasta las primeras horas de la mañana; con ésto, no sólo se cumplirá una ley de la naturaleza, sino que también se evitaría la detestable costumbre de tener en tertulia a las pobres criaturas, respirando durante las primeras horas de la noche un aire a veces cargado de humo de tabaco y lleno de miasmas deletéreas, a que tan particularmente sensibles son los niños; y como si esto fuera poco, casi siempre se eligen esas horas de recogimiento y de familia para admirar en colectividad las gracias del pequeño, sometiénolo a excitaciones de todos géneros, las más a propósito para despertar irritabilidades cerebrales que, andando el tiempo, vienen a terminar en lo que vulgarmente se llaman ataques al cerebro, sin que a nadie se le ocurra sospechar siquiera la parte que aquellos inocentes y graciosos juegos tuvieron en su etiología.

Importa mucho que el sueño de los niños no sea excesivo ni por corto ni por largo; lo primero, engendra un eretismo nervioso que trastorna por completo todo el organismo; lo segundo, favorece al desarrollo de grasa y conduce al linfatismo y la anemia. Los dos extremos son perjudiciales, pero siempre es peor dormir poco que dormir con exceso. Partiendo de este principio de higiene, se procurará cuidadosamente evitar todo lo que directa o indirectamente moleste o distraiga a los niños y les ahuyente el sueño. Sólo con este fácil procedimiento, se consigue dejarlos entregados a su propio instinto, que es en la materia la mejor salvaguardia de su salud.

A medida que van avanzando en la vida, va gradualmente disminuyendo la necesidad de dormir, hasta que llegan a los tres años, en cuya época se les puede hacer prescindir del sueño diurno, al menos durante los meses de invierno, pues en el verano, como las noches son cortas, conviene que los niños tengan un suplemento de sueño durante el día, eligiendo de preferencia la hora de la siesta, con lo cual se obtiene un alto en las fatigas ocasionadas por el calor estacional, sumadas a las que produce la movilidad excesiva propia de la edad. En ningún caso conviene interrumpir bruscamente el sueño de los niños por medio de gritos o agitándolos violentamente, etc., etc.: estas prácticas conmueven el cerebro y trastornan su circulación, hasta el extremo de ser causa muy abonada de síncope y convulsiones.

La indumentaria del sueño tiene también su importancia, y aunque parece que todo el mundo sabe a qué atenerse en este asunto, es bastante raro encontrar una cuna de recién nacido que se ajuste a lo que la higiene prescribe como más conveniente. Existe una variedad inmensa de cunas cuya confección se inspira en las necesidades del país en que se usan. En las clases acomodadas se encuentran más admitidas las cunas suspendidas a la altura de un metro próximamente, con paredes de rejilla forradas de tela y provistas de cortinas de tul u otro tejido análogo. Este modelo es, indudablemente, de los mejores y de los que más satisfacen las necesidades de la higiene. Por su altura, se evita la acción de las corrientes de aire, que siempre existen al nivel del suelo; la constitución de las paredes de rejilla permite que aquél se renueve, a la vez que la tela que les sirve de forro es barrera suficiente para contener en su recinto una atmósfera caliente, tan necesaria durante los primeros meses de la vida. Por otra parte, las ligeras cortinas que la recubren evitan las corrientes de aire frío, atenúan la acción de una luz excesiva y protegen contra las agresiones de mosquitos o cualquier otro insecto que pudiera perturbar el sueño.

La moda o la costumbre no anda tan acertada en cuanto al material interior de las cunas. Casi en todas partes se usan colchones de lana y almohadas de lo mismo, y con bastante frecuencia colchón, y sobre todo, almohada de pluma. Los higienistas se encuentran de acuerdo en desechar la lana como no enteramente buena y la pluma como malísima. La primera, contiene una substancia sulfurada que fermenta en contacto con las deyecciones del niño y da lugar a un verdadero guano que exige una renovación muy frecuente, no siempre fácil, atendido lo elevado de su precio. La segunda, une al anterior inconveniente, el más grave aún de provocar y sostener congestiones que si no crean enfermedades, por lo menos preparan el terreno para su desarrollo.

Una cuna bien equipada, es decir, higiénicamente constituida, debe constar de un colchoncito de muelles, que tiene sobre los antiguos jergones las ventajas de ser mucho más elástico, de no dejarse impregnar por las deyecciones, de permitir la renovación del aire en los planos inferiores de la cuna y de ser un aislador más completo de la humedad. En los casos en que no sea posible utilizar un colchón de muelles, puede ser éste sustituido por un jergón de paja de maíz bien escogida o de casca de avena, a la cual se mezclará una cantidad proporcionada de polvo de carbón, con objeto de que recoja las emanaciones producidas por la orina, etc., etc. Estos jergones deben reposar sobre un trenzado de alambre y no sobre tablas, que son menos elásticas e impiden la aireación.

El mejor colchón es, sin disputa, el de crin, y sólo en los casos en que su adquisición es difícil, se puede admitir el de lana, pero a condición de batirla cuando menos dos veces al año y renovarla o hacerla pasar por la estufa de desinfección al terminar éste.

Aconsejan algunos higienistas las almohadas rellenas de aire, con paredes de tejido muy denso, en cuya confección entre la menor cantidad posible de caoutchouc. Es posible que sean las mejores, pero me parece muy difícil que lleguen a vulgarizarse, dadas las condiciones especiales que su fabricación requiere, pues las que ordinariamente se encuentran en el comercio desprenden un

fuerte olor de sulfuro de carbono, que además de ser molesto, determina envenenamientos en los niños.

Las almohadas de crin son las que han merecido más universal aceptación de los higienistas, y en defecto de éstas, las de cascá de avena o cebada recubiertas de una funda de lienzo, que siempre es más fresca y congestiona menos que las de algodón.

La costumbre de las zaleas para proteger los colchones, provoca un mal peor que el que con ellas se quiere evitar. Entre sus lanas queda retenida una cantidad enorme de miasmas que constantemente rodean al niño y le envuelven en una atmósfera malsana. Lo mejor sería, renovar cuantas veces fuese necesario el contenido de los colchones, lavando sus fundas, pero como ésto ofrece serias dificultades prácticas, aconsejo una tela impermeable inmediatamente encima del colchón, cuidando de evitar su contacto con el cuerpo del niño por medio de una sábana plegada en varios dobleces, que evite la acción tóxica del caoutchout sobre la piel y la especie de maceración que en ella determina por lo mucho que impide la transpiración cutánea.

Como coberturas, deben preferirse las que con menos peso proporcionan más abrigo. No sé porqué se han considerado como antihigiénicos los edredones; los que actualmente se fabrican con lana gruesa unida en malla floja, me parecen excelentes por reunir las dos cualidades indicadas de poco peso y mucho abrigo. Inútil advertir que el número y clase de las coberturas ha de ser proporcionado al que exija la estación; pero lo que no se debe consentir nunca es que los niños duerman con sus madres y menos con sus nodrizas. El caso que motivó el memorable juicio de Salomón se repite con demasiada frecuencia: pero aun prescindiendo de este peligro real y positivo, hay sobradas razones para rechazar como malísima la costumbre de meter a los pobres recién nacidos en las profundidades de la cama, en donde a pretexto de protegerlos contra el frío, se les da como alimento pulmonal un aire viciado por todas las emanaciones de que constantemente se desprende el organismo adulto. Este peligro adquiere el carácter de inminente durante los días que siguen al alumbramiento, que son precisamente aquéllos en que a los recién nacidos no se les aparta apenas de sus madres, cuando lo que en tales casos debe hacerse es, no sólo separarlos de ellas, sino hasta alejarles de la habitación que éstas ocupan, cuya atmósfera está impregnada de los efluvios puerperales.

Los niños pequeños tienen el órgano de la vista excepcionalmente impresionable; hay que evitar, por consiguiente, la exposición de la cuna a una luz viva y directa, procurando también que no les hiera de costado, por lo fácilmente que ésto engendra el estrabismo.

Muchos catarros oculares de los recién nacidos no reconocen otro origen que la costumbre de dormir a los pequeños al aire libre con la cara hacia arriba sin nada que la proteja contra la luz excesiva que las nubes reflejan. Estos sueños al aire libre son, por lo demás, excelentes, siempre que se eviten con cuidado éste y otros inconvenientes, como el frío, la humedad, etc., etc.

¿En qué postura se debe colocar a los niños para dormir? Boca arriba, se corre el peligro de que una de esas regurgitaciones tan frecuentes en ellos, lleve

el contenido del estómago a la faringe, y como no encuentra fácil salida, pasa a la laringe y determina la asfixia. Esto no es una mera hipótesis más o menos verosímil; los sucedidos de este género tienen una estadística bastante numerosa.

Sobre el costado izquierdo, existe el inconveniente de que si se prolonga mucho tiempo se deprimen las paredes torácicas, tan flexibles en el niño, comprimiendo al corazón y determinando trastornos que perturban el sueño y le hacen agitado y poco reparador. Además, el hígado gravita sobre el estómago, que en esa edad se encuentra colocado verticalmente y varía su contenido.

El mejor de los decúbitos es el lateral derecho; pero como no es posible que un niño permanezca constantemente en una situación determinada sin experimentar fatiga, no hay más remedio que hacerles cambiar de vez en cuando de postura, vigilando su sueño, especialmente cuando se encuentra en decúbito supino.

Se ha discutido mucho la conveniencia de cunear o mecer a los niños como medio de provocar el sueño. Se ha acusado este procedimiento de producir congestiones, vértigos, vómitos y otra porción de accidentes. Es indudable que si el cuneo se hace con violencia, no sólo es posible, sino lo más probable, que sobrevengan estos trastornos; pero haciéndolo con dulzura y sin sacudidas, no tiene otro inconveniente, lo mismo que los monótonos cantares de que suele acompañarse, que la facilidad con que los niños convierten en derecho tiránico las complacencias debidas a su edad.

DOCTOR PÉREZ-VALDÉS

Cartagena.

Mosaico infantil

A mi muy querido amigo el Excmo. Sr. D. José Soto Reguera

De un cuento oriental

En aquel momento, le sobrevino a Nerudin-Ali un desmayo, que hizo creer que iba a expirar; pero volviendo en sí y recobrando el habla:

Hijo mío—le dijo—la primera máxima que debo enseñarte, es que no te entregues fácilmente a intimidaciones con toda clase de personas. El medio de vivir seguro, es comunicarse consigo mismo y ser reservado con los demás.

La segunda, no cometer violencia con nadie, porque, en tal caso, todos se levantarían contra tí y debes mirar el mundo como un acreedor que tiene derecho a tu moderación, compasión y tolerancia.

La tercera, no contestar palabra cuando te injurien: cuando uno guarda silencio, dice el refrán, está fuera de peligro. En semejante ocasión debes particularmente practicarlo. También sabes que, con este motivo, un poeta nuestro dijo que el silencio es la gala y salvaguardia de la vida y que nunca debemos parecernos al hablar a la lluvia, de una tormenta que todo lo destruye. *Nunca se arrepintió alguien de haber callado y si muchas veces de haber hablado.*

La cuarta, no beber vino, porque es origen de todos los vicios.

La quinta, economizar tus bienes: si no los malgastas servirán para preservarte de la necesidad; no por eso hay que acaudalar en demasía y ser avaricioso: por pocos bienes que tengas, como los gastes cuando convenga, tendrás muchos amigos; y, por el contrario, si tienes muchas riquezas y haces mal uso de ellas, todos se apartarán de tí y te abandonarán.

De Fenelón

Con frecuencia, el placer que se quiere obtener de los niños bonitos les estropea; se les acostumbra a decir todo lo que les viene a la imaginación y a hablar de cosas de las cuales no tienen conocimientos determinados; con ello les queda luego toda la vida la costumbre de juzgar con precipitación y de decir cosas de las que no tienen ideas claras, lo que constituye un grave defecto de carácter.

Este placer que queremos nos produzcan los niños causa, además, otro efecto pernicioso: se aperciben de que se les mira con complacencia, de que se observa todo lo que hacen, de que se les escucha con placer, y se acostumbran a creer que todo el mundo va a estar siempre pendiente de ellos.

En esta edad, en que es siempre aplaudido y en que no se han experimentado todavía contrariedades, se conciben esperanzas quiméricas que producen engaños infinitos para toda la vida. He visto niños que creían que se hablaba de ellos siempre que se hablaba en secreto, porque habían observado que se había hecho así otras veces; se imaginaban que todo lo que poseían era extraordinario y admirable. Es preciso, pues, tener cuidado con los niños y no dejarles ver que se piensa en ellos demasiado. Demostrarles que es por amistad y por la necesidad que tienen de ser dirigidos, por lo que seguís atento su conducta, y no por admiración hacia su imaginación. Contentaos con formarlos poco a poco, aprovechando las ocasiones que se presentan de un modo natural; de todos modos, podreis avanzar mucho en el alma del niño, sin violentarlo; temer hacerlo así, porque el peligro de la vanidad y de la presunción es siempre mayor que el fruto que se obtiene de estas educaciones prematuras que hacen tanto ruido.

De nuestra cosecha

Dejar las cosas para hacerlas más tarde, es el ordinario camino para no realizarlas nunca. En lo tocante a la educación del niño, dejar pasar tiempo para corregirlo de sus defectos cuando tenga mayor discernimiento, equivale a dejarlo ineducado para siempre. En su consecuencia, el niño, cuando tenga clara inteligencia, se le debe enseñar con el alcance y medios apropiados; pero cuando ella, por su poca edad, es rudimentaria, en tal grado se le debe educar.

El niño, desde que empieza a pronunciar palabras, se halla en estado de recibir ligeras enseñanzas. ¿Por qué no dárselas? ¿por qué no encauzar sus *impulsos y nacientes tendencias*?

De los irracionales se exige muchas veces, lo que del niño ni se intenta; y hasta resulta en desdoro de la especie racional suponer que el tierno niño no puede entender ni dar de sí lo que se exige, en igual grado, del más adocenado cachorro de podenco.....

Entendemos y exponemos con la mayor buena fe, que al niño no debe amedrentársele por ningún concepto, ni por ningún móvil; las impresiones de terror padecidas, se graban en ellos en forma muchas veces indeleble y les resta, muy posiblemente, la cualidad del valor, sin compensación de ninguna clase. El terror impreso en los niños por ideas de apariciones, fantasmas y cosas semejantes, no les hace ser mejores si se tienen malas inclinaciones, y no se evitan éstas por medios más racionales. Con tales prejuicios, se abre en la espiritualidad del niño brecha al miedo y a la superstición y a lo que en Derecho llamamos premeditación y alevosía, cuando cometen algún acto de los que les hace sentir sus terrores y, no obstante, buscan la forma de contrarrestarlos.

La educación inicial de la juventud debe evolucionar con las necesidades de la época, renovándose con las enseñanzas de la experiencia. El fin *material* de la educación integral, es poner al nuevo hombre en buenas condiciones de vivir su tiempo, preparándole con enseñanzas útiles. Siendo así, hemos de afirmar que si el buen vino gana con los años, no rige el mismo principio para los métodos educativos.

¿Podrían, en tiempos pretéritos, admitirse como conocimientos útiles y elementales los de práctica telegráfica o de taquigrafía? Pero hoy, en cambio, (y por ejemplo) que de tales adelantos está demostrada su transcendencia, la enseñanza oficial continuará, seguramente, encauzada en la tendencia de que los escolares posean una magnífica letra (sin duda para que hagan competencia a las modernas máquinas de escribir) o en crear estilistas que dominen nuestro lenguaje, haciéndoles familiares los clásicos...; mientras que los hijos de los labradores no habrán oído leer un buen capítulo que les enseñe a sacar el mejor partido posible de sus tierras; y los de los empleados, tampoco habrán escuchado nada que les muestre distinto rumbo del que no pocas veces la fatalidad obligó a seguir a sus honrados progenitores.

El plan general de enseñanza parece ideado para fomentar nuestras dos peores características nacionales: la *verbosidad* y la *empleomanía*.

LUÍS DE LUNA

Juez de Instrucción.

EL NIÑO RURAL

Sin duda alguna, es el niño el mejor baluarte de la raza y de la patria; podemos y debemos defenderlo. ¿Por qué no lo hacemos?

He visto sonreír al viejo pastor de fruncida, tostada y seca faz; he visto cómo olvidando sus cuitas, sus años, sus males y sus penas, cantaba y reía; yo le he visto gozar de inefable dicha, cada vez que acrecentaban su aprisco los ternos corderillos nacidos al alborar; he visto también, radiantes de júbilo, al labrador y al hortelano, cuando contemplaban las hoy verdes espigas que mañana serían de oro, y la policromía de tanta florecilla que habían de trocarse en codi-

ciados y sabrosos frutos; igualmente he visto deleitarse al apicultor, observando el incesante tráfico de sus laboriosas obreras, que con tanto entusiasmo y ahinco trabajan en aquel maravilloso taller y laboratorio de tan tosca fachada y tan perfecto y acabado centro... Y siendo el niño, corderillo, flor, espiga y colmena, y el hombre, pastor, labrador, hortelano y apicultor al par, yo no puedo comprender cómo éste no sonríe placentero frente aquél; cómo no le erige un templo dentro de su pecho para consagrarle especial culto; cómo no se cuida en debida forma de su tierno cuerpecillo, defendiéndolo de todo rigor, de toda inclemencia, de todo peligro; que el niño es la mejor obra del mejor artista; es emblema de pureza, de esperanza de vida; es la larva de un hombre, y esos hombres que hoy sólo son larvas, pero larvas inmaculadas, mañana lo llenarán todo.

El niño rural nace, vive y muere como planta silvestre hija del azar. En los pueblos de campo, y en el campo mismo, donde los naturales elementos son más idóneos para la crianza del niño, es donde precisamente más se le olvida y desprecia; el niño rural tiene poquísimos amigos y muchos enemigos; su misma madre, quien en el mundo más le quiere, no suele saber quererlo; y no hablemos de la sociedad, que deja incumplidos sus deberes y abdica sus derechos de maternidad en pró de la diosa Fortuna, sin recordar en su loco desenfreno que es el niño un trozo de sus entrañas, una rama de su tronco.

La eugenesia se burla y pisotea con estupendo ensañamiento: contraen matrimonio los avariósicos, deficientemente tratados o por tratar; puede señalarse con el dedo el joven que toma estado sin anterior blenorragia; las bodas entre próximos parientes, se efectúan a diario; jóvenes afectas de estrechez mitral, nefritis crónica o tuberculosis incipiente, afecciones que contraindican seriamente el matrimonio, perturban la gestación, agravan el pronóstico del parto y hacen imposible la lactancia materna, esperan impacientes ser desposadas. ¡Pobres mariposas, atraídas por la luz que les inutilizará las alas!

Durante el verdaderamente solemne momento del parto, todo puede temerse; nada ni nadie puede garantizar el éxito; no suelen tomarse precauciones ningunas, y eso, que cualquier incidente puede cortar dos vidas a un tiempo y causar la desgracia de una familia.

La dirección de la lactancia suele ser pésima; no hay orden, no hay método; falta la higiene, y se impone, en su defecto, la rutina; muchas madres no saben cuidar sus hijitos, y no es extraño; no han tenido quien las enseñe; suelen aconsejarlas mal, y ésto, unido a la falta de recursos, la indolencia, la desidia y el exceso de trabajo, lo cierto es, que todo se suma para hacer penar al inocente chupón.

¡Cuánta pena da verlos reír o cantar como pájaros, con parches en la cara y tiznada en su punta la nariz, señal inequívoca de que han gateado! ¡Desgraciado niño convertido en felino, olfateando ese polvo inmundo, portador de todo lo malo y de nada bueno! ¡¡No has cumplido un año, y has empezado a libar el cáliz de hiel, tú que eres todo amor, dulzura y alegría!!

El paso a la alimentación mixta, por lo general brusco, precoz y torpe, origina agresiones verdaderamente brutales al delicado tubo digestivo, y las afecciones gastro-intestinales y sus derivadas, nos ofrecen morbilidad elevadísima y

mortalidad crecida, como obligada consecuencia; no atribuyéndose esta morbilidad y mortalidad a su verdadera causa, sino a los dientes, al tiempo, etc.

Y esa misma familia que llora al niño muerto, esa misma familia que maldice la suerte y el destino que le arrebató la vida por quien tenía el deber de velar, ignora que fué ella misma la ejecutora del destino, y a no ser por su inconsciencia, esa maldición le caería sobre sí.

Las enfermedades infecciosas propias de la infancia constituyen para el niño un gravísimo riesgo; los más graves suelen poder evitarse, observando los mandatos de la higiene, o curarse si se procede con arreglo a los cánones de la moderna terapéutica; y las más leves, aquellas que no pueden evitarse, deben considerarse como leves *solamente*, cuando se toman las oportunas medidas para evitar ciertas complicaciones verdaderamente funestas. Yo considero un caso normal de sarampión en un niño de ciertas clases sociales como de *pronóstico reservado*, porque veo que el medio en que vive reúne las condiciones abonadas para que ese pobre niño sucumba víctima de bronconeumonía.

En estos términos, y como ellos hay en España más de 400.000 hectáreas con unos 1.300 pueblos, se padece mucho paludismo. El paludismo es una enfermedad casi tan evitable como la viruela, que a más, ofrece la ventaja de ceder rápidamente al tratamiento específico, y el paludismo que se padece en España es ordinariamente benigno, de tal forma, que puede considerarse como un blasón de ignominia, como una vergüenza, que las estadísticas arrojen la cifra que arrojan de defunciones por paludismo. Y figuran los niños con un porcentaje relativamente elevado, siendo de ello solamente culpables los padres, que sin conocimientos suficientes, intentan someterles al tratamiento que ellos dirigen; tratamiento tímido, cobarde, y otras veces intensivo, siempre poco continuado, que no logrando (como ahora se dice) blanquear al palúdico, suelen hacerle entrar en periodo de caquexia, y entonces, cualquier enfermedad intercurrente acaba con el enfermo.

Numerosas enfermedades de la piel, hijas unas de la falta de limpieza, reflejo las otras de los vicios de sus progenitores, combaten al niño, dejando en él huellas indelebles, para escarnio de los que pudieron evitarlo.

Naturalmente, que en los pueblos abundan los niños rollizos y bien criados, sanos, sin tara orgánica alguna, que pudieran servir de modelo, y abundan, seguramente, más que en los grandes centros de población, donde el hacinamiento es el mayor enemigo de la salud, y más aún contando con un fuerte aliado; el vicio que es más corpulento y descarado que en los pueblos; pero yo no niego que existan esos niños modelos, ni que sean abundantes; lo que afirmo es, que debieran morir muchos menos, y que el número de niños clientes del médico se redujera extraordinariamente, pasando al gabinete del higienista.

¿Y lo demás? ¿Cómo se educa al niño en el pueblo y en el campo? Al hacerme esta pregunta, se me escapa la pluma, dispuesta a contestar en una palabra: el niño se educa *sólo*; pero como estos conceptos son antitéticos, estoy casi dispuesto a decir que, salvo contadas excepciones, no se educa.

He aquí una táctica muy seguida por muchos padres:

1.º Ante todo, que el niño no llore; o lo que es igual, que haga, diga o tenga lo que se le antoje, lo que quiera.

2.º Si el padre o la madre juzgan ha cometido una falta, y están de humor para ello, les riñen fuerte, agriamente, sin perjuicio, si el niño es pequeño y llora, de terminar la riña con besos y abrazos para suavizar y transigir con sus deseos.

3.º Si la falta fuese *grave*, una paliza más o menos *auténtica*; en ocasiones, brutal.

Enseñarlos, corregirlos, castigarlos, acrecentar el caudal de sus conocimientos, presidir la formación de su carácter, llevarlos por la buena senda, darles la norma, la pauta; educarlos, en una palabra, eso, no; pero si se desvían, entonces dicen que les ha salido malo, que nació así, que todo es inútil; y eso que no hacen nada por enmendarlos, sino al contrario, *echarlos a la calle*. ¡Buena escuela! ¡Y esos padres se quejan y escandalizan de los defectos de sus hijos!

El niño que vive en el campo es huraño, poco afable, habla muy poco, se asusta de todo, llora mucho cuando no está en su elemento; sus conocimientos son limitadísimos; sus facultades mentales dan la idea de un desierto con escasos oasis; su desarrollo mental es tardío. De seis años, aprenden a manejar la caña para guardar pavos y a crujir el látigo a los puercos; poco después, ayudan al pastor, y con muy pocos años, manejando la chivata y la onda, se hacen obedecer por el ganado vacuno; suelen estos niños ser fuertes y sanos, pero parecen cardos o zarzales, todo espinas. No saben más que lo que ven y lo que oyen; no les enseñan nada; la distancia del pueblo, y el mal camino, les impiden acudir a la escuela, y puede considerarse feliz el que recibe algunas lecciones y llega a medio leer, contar, conocer las cuatro tablas y escribir una letra mixta de griego, gótica, árabe y latina...

Si la sociedad llegara algún día a conocerse a sí misma, si reflexionara un instante, adquiriría la profunda convicción que su porvenir estriba en el niño; y entonces, enfrenando sus pasiones, corrigiendo sus defectos, posponiendo siempre el bienestar individual al colectivo, ahogando el egoísmo, pensando más en el deber que en el derecho, estaría en las mejores condiciones, constituiría el más adecuado caldo de cultivo para la ciencia infantil. Enfrenar la sociedad, es difícil, porque sin sana moral y sólida cultura no pueden resolverse ninguno de los grandes problemas sociales, siendo deber de todo hombre honrado erigirse en moralista y en maestro para educar a los educadores, a los conductores de masas, que aun acaso no sea tarde.

Importante puesto en esta profilaxis social deben tomar los Sindicatos Católicos Agrarios, esas organizaciones modelos, en estado próspero y floreciente, que prometen obtener señaladísimos triunfos en el camino del mejoramiento social; promesas que ya se han empezado a convertir en hechos consumados; deben dedicar una sección a esa importantísima misión educadora de padres e hijos.

En esa sección marcharían unidos el sacerdote, el maestro y el médico, organizando una cruzada pro infancia, que es el niño el único que todo lo merece, que a todo es acreedor, que es el baluarte de la raza y de la patria, y si de él no cuidamos, éstas empobrecerán, degenerarán y terminarán por sucumbir: para evitarlo, enseñemos al niño la sana moral, que actúe de norma directriz en la for-

mación de su carácter, para que polarice en la buena dirección las cristalizaciones de su espíritu; démosle sólida cultura, que a modo de purísima grasa, alimente la antorcha de su razón, para que siendo más fuertes sus destellos, ilumine dilatados horizontes; esforcémosnos en hacer recios sus cuerpos; potentes y ágiles, sus músculos; dilatado, su pecho; hagamos de él un hombre fuerte y sano de materia y espíritu.

FERNANDO QUIÑONES

Alcalá de los Gazules, julio 1921.

PUERICULTURA

Dejad a los niños que se acerquen a mí.
JESÚS.

Yo no sé por qué los viejos
al mirar hacia la infancia,
añoramos mal de ausencias
y estimamos sus nostalgias
como el bien más exquisito,
cual la flor más aromada,
como el astro más luciente,
cual la música más grata.

Hoy, pensando en lo pretérito,
he mirado hacia el mañana,
y he sentido que en mi pecho
el Amor me preguntaba:

«Si ser niño es inocencia,
fantasía y esperanza,
¿por qué no ser siempre niño
hasta el fin de la jornada?
Y el chicuelo, ¿por qué tiene
tanto anhelo y tantas ansias
por llegar a mariposa,
distender las dobles alas
y arrojar las envolturas
en que duermen las crisálidas?»

Y mi espíritu, oscilando
en tinieblas rutinarias,
entre añejos prejuicios
y modernas enseñanzas,
me ha dictado allá en lo hondo,
a las dudas expresadas,

cual razón y cual respuesta,
lo que digo en estas páginas:

«Por ser niño, ser ingenio
y ser alma mal guiada
por los hombres. Por ser nieve
que al bajar de la montaña
o del alto venti: quero
en que Dios la forja blanca,
no ve el fondo de la quiebra
donde el barro enturbia el agua.

«¡Pobre niño! Si eres lira,
¿quién discorda tus sonatas?
Si eres cielo, ¿quién te anubla?
Si eres miel, ¿quién te acibara?
Si eres flor, ¿quién te deshoja?
Si eres lumbre, ¿quién te apaga?»

.
.
.

«Hay que hacer un mundo nuevo
donde el niño no sea un paria,
ni un estorbo, ni un juguete,
ni un pretexto de elegancias,
ni manjar de explotadores,
ni semilla carcelaria.

«Hay que hacer fraternidades
sin utopías y sin farsas;
penetrar en la rutina
y abrir todas sus ventanas
para que entre el Sol y el aire
hasta el fondo de las almas
y ser pródigo en exceso
de indulgentes tolerancias
y de amor, de aquel cariño
que Jesús aconsejara
para todo lo que es pena,
para todo lo que es lágrima,
para todos los dolores,
para todas las desgracias!»

SERVANDO CAMÚÑEZ

Cádiz, junio 30, 1921.

BAÑOS DE MAR

Sol y aire; agua y tierra; oxígeno y iodo. Parece disparate y no lo es, que con el aire, entra el sol en el organismo; es decir, que el sol *se respira*; y esto, es llevar a las entrañas del organismo, el agente vivificador por excelencia, además del contacto directo por la piel.

El agua, apagó al fuego primitivo, la incandescencia, llevando los componentes de sedimentación y germinación, bajo el aliento soberano del Dios Todopoderoso, Criador y Creador del Cielo y de la Tierra; en ésta, asienta el hombre que con impulso consciente se eleva sobre todo lo que le rodea, sin saciar *aquí* sus ansias infinitas.

Quedan hermanados, insolubles, el mar y la tierra: por eso en el régimen de vida y salud, ocupa el mar el primer lugar; se evapora, se condensa, crea los ríos y torrentes, fecundiza los campos y hace posible la vida vegetal y animal; así, por apartados de sus orillas que estén, por altas que sean sus montañas, el mar, desde su imperio, les dá vida, les hace dependientes, súbditos suyos; al mar van los ríos, y éstos, por el mar se forman.

Esta aparente disquisición no es más que un argumento previo para encarecer la necesidad del baño de mar, siempre que pueda utilizarse directa o indirectamente; en todo o en parte, en inmersión o en playa.

No es este un artículo de estudio: sólo preteído dar una idea general, unas reglas de amplia y variable adaptación, según las necesidades de cada caso y las prescripciones que el médico haga, según la persona y el fin que se proponga.

Sus dos más preciosos auxiliares son: el oxígeno y el iodo.

Actúa el baño de mar por la composición, la temperatura, la radiación, la luna, las mareas, la playa en que está, densidad, presión, etc.

La composición del agua del mar, es enorme; casi imposible determinarla en toda su compleja estructura: cal, hierro, magnesio, cloro, bromo, iodo, sodio, potasio, oro, etc.; elementos vegetales, un grandioso conjunto de seres vivientes, una vida que le es propia con relaciones, astronómicas y terrestres, completan lo que es ese elemento del que en tan gran parte dependemos.

Sus efectos fisiológicos son aceleración de todas las funciones.

Sus efectos terapéuticos, corresponden a esa característica; así, la anemia, la escrófula, la pretuberculosis en latencia, las manifestaciones dolorosas que suelen confundirse con el reumatismo, algunos reumatismos tórpidos, con previa preparación bajo la vigilancia y dirección del médico; el linfatismo, las detenciones de nutrición por falta de vigor orgánico; las convalecencias de enfermedades depauperantes, las enfermedades crónicas que carecen de estímulo regeneratriz; los retardos de crecimiento por hipotiroidismo, las dispepsias hipotónicas, los retrasos de la pubertad masculina y femenina; cuanto en una palabra exige la acción combinada de los poderosos estímulos sol, aire y oxígeno, ahí, *en toda*

edad, están indicados los baños de mar; siempre, no vacilo en repetirlo constantemente, bajo una dirección apropiada: la violencia, la inoportunidad, la falta de medida o de tiempo, pueden convertir en peligrosos los efectos vivificantes del agua del mar.

Sintéticamente, indicaré algunas normas :

Playa.—No es indiferente: hay playas arenosas, rocosas, mixtas, abiertas, resguardadas y ondulantes: son peligrosas las de fuerte resaca; las que a pocos pasos, se hunden y engañan; las de grandes ondulaciones, que por su desigualdad ponen en grave riesgo a los que sin saber nadar y confiados, al salir se encuentran que no tienen pie estando más cerca de la orilla que al entrar; las de grandes olas, escaso abrigo y fuertes vientos; sus indicaciones son para algunas personas adaptadas a ella y medianamente fuertes; las playas suaves, tranquilas, arenosas, de nivel igual, poca profundidad y abrigo de fuertes vientos, son las mejores para los niños.

Traje de baño.—Ligero: de hombro a rodilla para las niñas; de cintura a muslos para los niños; fáciles a secar; en playa pedregosa, sandalia o alpargata ligerísima.

Hora del baño.—Por la mañana, la mejor; la marea creciente, es preferible a la menguante: se aprovecha el calor que la arena da al mar.

Preparación.—Paseo y juego antes de entrar.

Baño.—Estómago vacío, o después de caldo, alguna galleta, o cerveza. Entrar rápidamente, o en carrera hasta llegar a la rodilla y echarse en el agua, o humedeciendo previamente pecho y espalda, después de mojar los pies; agitarse en los dos primeros minutos, para reaccionar; reposar después; volver a ejercitarse en el agua; un breve período de reposo y fuera; sobretodo, si se ha sentido *el segundo escalofrío*, que es el indicio de suficiencia del baño; durante el baño, son convenientísimas dos cosas: las zambullidas y la natación; la zambullida debe ser a ojos cerrados breve y fuerte, tratando por presiones suaves manuales de eliminar el agua detenida en ojos, oídos y nariz; si se traga alguna cantidad, no es malo; la natación debe ser indispensable; no sólo es uno de los mejores ejercicios, sino que hace el efecto del baño altamente eficaz; vigoriza los pulmones, desarrolla los músculos y *llena* de oxígeno el organismo por la actividad respiratoria; desde pequeños, debe aprenderse a nadar.

Duración.—Salvo prescripción, de diez a veinte minutos, desde los cinco años.

Después del baño.—Secar bien, friccionar fuerte la piel, bien seca o bien con alcohol o agua de Colonia, alcanforada; tomar alimento, aprovechando, sobre todo, la ocasión para los inapetentes, y dar un breve paseo: después, descanso y siesta.

Tiempo de playa.—Todo el que se pueda: sin embargo, las horas de sol fuerte son perjudiciales, a menos que haya gran brisa, prudente resguardo y atmósfera impregnada de *polvillo de mar*; de ese polvillo salutífero donde hay, o en las proximidades, algunas rocas, algas marinas y suaves rompientes; la sal, el iodo y bromo y el oxígeno, se unen para proporcionar *un baño interior*.

Cabeza cubierta con tela blanca, que deje una capa de aire por encima de la cabeza.

Número de baños.—En el día, uno; pero no son raros los casos en que deben darse dos, y aun entrar y salir en el agua varias veces; para ésto, el niño ha de estar *curtido*, al estilo de los que buscan almejas, ostiones, camarones y pesca de playa rocosa: el número de la temporada, mientras más, mejor: el estado, del niño, es la mejor guía: no hay que asustarse de dar sesenta, noventa o ciento: es una fuente de vigor, que no sólo hace bien inmediato, sino que *almacena* energías para el porvenir: los escolares y los hijos de padres intelectuales son quizás, los más necesitados.

Complementos.—Levantarse y acostarse temprano; dar paseos marítimos en botes, vaporcitos, o viajes cortos marítimos; gimnasia *deportiva marina*: remar, cucañas, regatas, fiestas especiales infantiles, colonias escolares de baños, y utilizar esos dos inmensos oceanos: el mar, cuajado de riquezas salutíferas, y el aire, presidido por el Sol.

BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA

La educación y la instrucción

I.—Si hay tantos niños mal educados, es porque, en nuestros días, se pretende con empeño reemplazar la *educación* por la *instrucción*; yerro tan funesto y tan general, que importa hablar de él con cierta extensión.

La causa motriz de nuestras desgracias sociales es la ignorancia, se dice. ¡Estamos conformes! pero ¿de qué *ignorancia* se quiere hablar? ¿Se puede sostener que *basta* la instrucción para formar al niño, para moralizarle, en una palabra, para educarle bien?

Este es el problema.

* * *

Para empezar a orientarnos, abrimos los manuales escolares y leemos: «La gramática es el arte de leer y escribir correctamente.»

Tomamos otro libro: «Una isla es una porción de tierra rodeada de agua por todas partes.»

Otro: «El gramo es el peso de un centímetro cúbico de agua destilada...»

¿Y queréis que de estas enseñanzas infiera el niño que debe ser respetuoso, sincero, caritativo, probo, moral, en una palabra, un hombre honrado?

Por tanto, si la instrucción no enseña nada de ésto, es evidente que no moraliza *por sí misma*.

¿De qué modo, exclama Heriberto Spencer, pueden la ortografía, el análisis lógico, la adición, sugerir por sí SOLAS el propio respeto y el de los demás?

* * *

Una *objeción* se presenta:

«La conclusión no es legítima, se dirá. Es indudable que la gramática no forma el corazón; verdad es que la tabla de Pitágoras no habla directamente al alma del niño; las «lecciones de cosas» no despiertan la delicadeza de los sentimientos; sin embargo, olvidais que la instrucción comprende también el estudio de los filósofos y de los pensadores. Sería curioso oír sostener que las obras magistrales de estos grandes maestros son impotentes para moralizar.»

Esta objeción tendrá algún valor, el día en que se haya descubierto el medio de iniciar en la filosofía a los niños de seis, siete u ocho años.

Por otra parte, si se espera, para comenzar la educación, a que la inteligencia esté desarrollada, ya los malos instintos habrán echado raíces. *Ya será tarde*; se tendrá un adolescente vicioso.

Algunos privilegiados podrán, seguramente, al estudiar facultad, y gracias al comercio cotidiano con los genios de la literatura, adquirir una moralidad relativa; pero estos casos son excepcionales.

Por otra parte, ¿por qué será útil el estudio formal de estas obras, sino porque casi todas están penetradas de un espíritu religioso, que las convierte en verdaderos tratados de moral? De todos modos, el pueblo las desconoce.

Es preciso, por tanto, que sea la enseñanza misma en general, y sobre todo la enseñanza *popular*, la que forme diariamente, desde muy temprano, el corazón de los niños.

Pues bien; con la *instrucción sólo*, este resultado no se obtendrá jamás. Hace falta OTRA COSA.

* * *

Es evidente que a despecho de la razón y de la gramática, se persiste en atribuir a la *instrucción* los efectos beneficiosos que sólo la *educación* proporciona.

¡Todos incurrir en esta equivocación singular!

Se quiere persuadir a los padres, pronto a recurrir a este expediente que acalla las inquietudes de su conciencia, de que no tienen que cuidarse de vigilar ni de corregir; de que están en su derecho al desentenderse de su misión, y de que la sociedad debe cuidarse de las reformas y de los progresos.

Y como ésta es una entidad que formamos todos nosotros, cabe preguntarse cuál puede ser el resultado de semejante situación.

Se debía, por el contrario, buscar el modo de despertar los espíritus del letargo moral en que viven amodorrados.

No se ignoran los deberes: lo que falta es valor.

Es necesario, por tanto, una enseñanza fortificante que no hable sólo a la inteligencia, sino a los sentimientos, a la voluntad, al corazón; una enseñanza que levante, que regenere, que se atreva francamente, sin perifrasis ni reticencias, a hablar de un Dios remunerador o vindicador y de un alma responsable: ¡en una palabra, la educación!

* * *

¿Se alegrará que la instrucción moraliza, por lo mismo que *desarrolla las facultades*?

A esto respondemos, que desarrollar la potencia intelectual de un individuo, dejándole privado de dirección y de creencias, es multiplicar el mal por sí mismo.

Que un niño de malos instintos esté desprovisto de instrucción: su influencia no tendrá gran alcance, no saldrá del círculo de su vulgaridad.

Pero *cultivad* esta inteligencia de modo que se decupliquen las energías, y *descuidaos de moralizarla*...

Empezará por alejarse de los principios de sentido común, creyéndolos indignos de él, precisamente porque deben ser el patrimonio de todos; no buscará sino las brillantes paradojas, el fin del fin, como dice La Bruyère: el razonamiento excluirá a la razón.

Luego, aprovechándose de la experiencia del pasado, y transformando la ciencia en auxiliar inconsciente, llegará, por un perfeccionamiento funesto, a una especie de barbarie civilizada, la más temible de todas.

Entonces, en lugar de un delincuente vulgar, tendreis un criminal de alto vuelo, que desafiará a la Justicia y tendrá en jaque a la sociedad.

*
* *

II.—La historia nos enseña que, en todos los tiempos, la formación de la juventud ha sido objeto de las solicitudes de los legisladores y de los filósofos.

En Grecia, y después en Roma, la educación nacional era exclusiva.

No había individuos, sino un pueblo que absorbía las personalidades; nada de hogares, por así decirlo, sino plazas públicas.

Luego, se abre para la humanidad una nueva era; comienza una enseñanza hasta entonces desconocida...

Tiene algo de la austeridad de la disciplina espartana y la pureza de una doctrina sublime.

En realidad, sólo a partir de este momento aparece la *educación* en el mundo: desde el púlpito enseña el sacerdote la Fe y la Ciencia. Es, al mismo tiempo, el ministro del altar y el maestro del neófito.

En aquel tiempo, los sabios eran menos numerosos que en nuestros días; cierto; ¿pero dejaba de ser útil el pobre ignorante que se contentaba con saber morir por su Patria y por su Fe?

Por excelente que sea la ciencia, no podrá sustituir a la moralidad y a las creencias.

*
* *

En nuestra época, la instrucción pública se encaminaba ante todo a enseñar a los niños sus *derechos*, es decir, lo que pueden exigir en provecho propio a los demás.

Pero no se les habla suficientemente, ni mucho menos, del correlativo necesario, el *deber*; o bien se les dan únicamente algunas nociones fastidiosas y *vanas*.

Resulta que enseñando a la juventud, como suprema moral, a hacerse administrar justicia, se llega a constituir una sociedad en la que el orden parece im-

posible; ¡una sociedad en la que todo se vuelve antagonismo de derechos, choque de opiniones, rivalidad de intereses: una especie de competencia vital, un festín en el que todos ansían tomar parte y nadie quiere pagar su escote.

* * *

¡Ah! no vacilemos en reconocerlo: la *instrucción* SIN LA EDUCACIÓN es el origen positivo de las aberraciones y de la insubordinación de la juventud.

* * *

La experiencia lo ha probado.

¿Es posible enseñar ni a computar el tiempo sin remontarse a la era cristiana, sin dejar de hacer alusión al Niño del Pesebre?

Quiérase o no, la fe de un pueblo es tanto un *hecho social*, como un sentimiento.

* * *

El académico belga Quetelet, que ha consagrado su vida a demostrar «que la instrucción escolar SIN MORAL—sólo de ésta hablamos,—no es sino una facilidad más para delinquir.»

En efecto; según la expresión de Caro en su Memoria a la Academia: «la instrucción no lleva en sí la moralidad: no es más que un sentido, una facultad más, un instrumento que lo mismo pierde que salva.»

«No es la instrucción lo que moraliza, decía Coussin, sino la educación, y sobre todo la educación religiosa. La instrucción puede tener sus peligros.»

* * *

El director del presidio de Tolón, escribió: «Los incorregibles son los ilustrados.»

Los de las cárceles de Clermont, de Loos, de Embrun, de Limoges, del monte Saint-Michel, y otros varios, informaron en igual sentido.

Y según Moreau Christophe: «En nuestras cárceles, los más perversos bribones son los que han cultivado en las escuelas su inteligencia... Los directores de cárceles, añado, están casi contestes para atestiguarlo: SIN LA EDUCACIÓN, la instrucción no es más que una causa de ruina.»

* * *

A los que desnaturalicen nuestras palabras, a los que pretendan que somos enemigos del saber, les responderemos: *deseamos, más que nadie, ver difundir la enseñanza y sus preciados beneficios*, pero demostramos que la instrucción, CON AUSENCIA ABSOLUTA DE LA EDUCACIÓN, en vez de mejorar a la juventud, amenaza con ser una nueva causa de decadencia, si no se tiene gran cuidado en evitar el daño.

* * *

A los candidatos añadid los cesantes, y tendreis una legión de hambrientos siempre en busca de un medio cualquiera para ganarse el pan, como lo ha probado Dujardin-Beaumetz en la Academia.

* * *

Desde que los padres, por modesta que sea su posición, tienen *los medios de pagar* los derechos del título, no acarician más que un sueño: que su hijo gane unas oposiciones.

Un examinador se admiraba un día de la increíble torpeza de un alumno.

¿Había el candidato respondido que el favorito de Tiberio «era Juan»; confundido a Scarrón con Mascarón; o afirmado, como lo hemos oído nosotros, que Florián era el autor de las fábulas de La Fontaine?... No lo sé.

Intervino otro examinador: «Tranquilícese usted, dijo al candidato, responda con calma: ¿De dónde es usted? —De Cholet.—Perfectamente. Un país magnífico.—Magnífico, sí, señor.—¿Qué hace su padre?—Es fabricante de tejidos; su especialidad son los pañuelos; exportamos a todas partes, hasta a América, con cenefa y sin ella; por docenas y por gruesas...—¡Tanto mejor!

Y volviéndose a los otros examinadores, añadió el profesor: «Ya ven ustedes que cuando se le preguntan a este joven cosas que sabe, contesta sin vacilar. Amigo mío, terminó dirigiéndose al examinando; vuélvase a Cholet a hacer pañuelos..., y dé mis recuerdos a su papá.»

NICOLAY

HIGIENE SOCIAL

Investigación Médico-Pedagógica sobre la pereza

(Continuación)

2.º Hemos proseguido nuestra investigación en otro medio, en un colegio de internos de 2.ª enseñanza, en el Liceo de Mans, con la colaboración del Doctor LEGROS, médico del establecimiento, y del Doctor DROUIN, médico especialista.

En setenta sujetos observados, once tienen un coeficiente de robustez inferior al promedio de su edad, sin que hayamos podido descubrir para todos una causa achacosa de su debilidad.

Hemos notado cuarenta y cinco casos patológicos, resultando afecciones rino-faríngeas en veintiseis, trastornos de la vista en once, de audición disminuida en ocho.

En nuestros veintiseis enfermos del sistema rino-faríngeo, tres solamente parecen no estar incluídos bajo el punto de vista intelectual; además de que no tienen sino muy ligeras vegetaciones, de fecha reciente, que no han podido modificar perceptiblemente la economía de un organismo por cierto excelente. Pero los otros veintitrés son niños sin mucho empuje, apáticos, que reaccionan mal o

sobreexcitados. Su atención se sostiene difícilmente, y los resultados escolares, sin ser siempre malos, son muy modestos.

Esta observación nos ha determinado a hacer intervenir al cirujano y al médico para la ablación de las vegetaciones, de las amígdalas hipertrofiadas, para el restablecimiento de la nariz, en general para el restablecimiento normal y saneamiento de las vías respiratorias.

Inspirándonos en la idea desenvuelta más arriba, habiendo observado, por otra parte, que el niño no sabe naturalmente respirar, aun cuando está perfectamente sano, que al efectuar mensuraciones difíciles hay 50 % de sujetos que son incapaces de ejecutar las inspiraciones profundas y las expiraciones totales, hemos inaugurado un régimen, que creemos deber recomendar: todas las mañanas, al saltar de la cama, en pleno dormitorio, con las ventanas abiertas, todos los niños ejecutan bajo la dirección del profesor de gimnasia una lección escogida que comporta ejercicios respiratorios y de flexibilidad. Esta innovación es acogida por los interesados con un verdadero entusiasmo, aprecian sus beneficios, y estamos persuadidos de que ha de acrecerse el rendimiento escolar.

Hemos observado en los once sujetos que padecen trastornos de la vista, que no tienen, como los otros enfermos, disminución aparente de la facultad de atención; ninguno de ellos puede considerarse entre los perezosos. No obstante hemos observado trastornos graves, dos atrofias de un ojo, miopía, astigmatismo. ¿Es esto decir que el niño puede suplir de una manera instintiva a la insuficiencia de su visión y que el miope, por ejemplo, acerca naturalmente su ojo a los objetos y recibe así una impresión tan viva como su camarada, que tiene una buena vista?

No obstante, hemos provisto de anteojos a todos estos enfermos, que han recibido un grande consuelo y que podrán seguir sus trabajos con menos fatiga, sin las cefáleas de que sufrían algunos sin quejarse.

Cosa digna de anotar: hemos apercibido en uno de ellos, un niño de once años, que iba en vías de quedar tuerto. Ni él, ni su familia lo sospechaban. Una vez advertidos, hemos observado que, en efecto, el ojo en vía de atrofia tiene un volumen menor que el otro. Unos anteojos adecuados, una buena luz, un sitio escogido en la clase, son otras medidas urgentes que hemos tomado para cuidar del ojo sano.

Si los trastornos de la vista no influyen necesariamente en el valor escolar, los del oído, bajo este punto de vista, tienen una importancia capital. En los ocho alumnos que oyen mal, hemos observado cuatro tapones, una sordera general ligera y tres sorderas centrales. Los tapones han sido arrancados y esta ablación ha tenido por consecuencia una verdadera transformación.

Estos ocho sujetos parecían, o manifiestamente perezosos o de una cachaza desesperante de comprender. No se dudaba de su enfermedad, por considerar que la percepción confusa de los sonidos era anormal. El punto de vista educativo no está en su lugar: mala oreja no es mala voluntad; es suficiente que el maestro esté advertido para poner el niño en buen sitio y vigilar para que no pierda nada de la enseñanza oral.

La enseñanza que se obtiene de estas observaciones es, que al pedagogo incumbe el deber de dar con la pista del mal físico, con objeto de mejorar la situación escolar de los niños y de asegurarles los beneficios de la cultura, a la que tienen derecho los enfermos como los sanos. Impónense las mensuraciones frecuentes. Los exámenes médicos son de la mayor utilidad.

Retengamos también que ni las familias, ni los niños, aun en los medios inteligentes no sospechan tal enfermedad o tal achaque. El educador, que ha de cuidarse del desarrollo completo del individuo, tiene el deber de revelar a los niños su estado y de imponerles el régimen que les conviene.

En fin, por encima de todo, es preciso inquietarse por la respiración del niño, el cual en virtud del principio del menor esfuerzo, viene fácilmente a ser perezoso y contribuye a crear el estado de pereza general y de pereza intelectual. La calidad del aire respirado, la posición más favorable a la respiración han constituido desde hace mucho tiempo el objeto de los reglamentos de higiene. Hoy nos parece necesario reeducar la mecánica respiratoria en la mayor parte de los sujetos: desobstruir la garganta y la nariz, disciplinar el juego de los músculos torácicos, es hacer salud, pero es también hacer la educación de la voluntad y crear energías intelectuales, doble objeto que se propone la pedagogía.

Hemos dicho que el maestro debe reclamar la colaboración del médico. ¿No sería también colaborador el profesor de gimnasia? Pero aquí nos desviamos un poco de nuestras pesquisas para pedir a los poderes públicos que sean reformados los programas, que se dedique o los ejercicios físicos un amplio espacio entre la disciplina escolar puramente intelectual, que acapara casi exclusivamente la vida de nuestra tierna juventud.

(*Le Avenir Medical*).

Además de los estudios citados en este artículo nos complacemos en indicar unos comunicados del mayor interés: una serie de artículos publicados por el Doctor BONNA-MOUR, Médico de los Hospitales de Lyon, en el *Bulletin de la Société d'hygiène de l'enfance* (marzo 1911), sobre los castigos en los niños.

Una larga y curiosa nota de M. JOVEAU DE COURMELLES, presidente de la *Société d'hygiène française*, cuyas observaciones exceden del cuadro de nuestro estudio pero corroboran nuestra manera de ver. En espera de poder ocuparnos de esta nota con la distinción que merece, indicaremos que ilustra con un nuevo horizonte múltiples cuestiones: pereza mórbida, pereza adquirida, importancia de la respiración, orientación de las aptitudes, trabajo manual, mueblaje racional, aire, luz, resortes psicológicos que utilizar para obtener de la actividad intelectual todo rendimiento.

Refranero pedagógico hispano americano

(Continuación)

Hijo de viuda, o mal criado o mal acostumbrado.
Hijo descalostrado, medio criado.
Hijo eres, y padre serás.
Hijo eres y padre serás, cual hicieres tal habrás.
Hijo malo, más vale doliente que sano.
Hijo tardano, huérfano temprano.
Hijos sin dolor, madres sin amor.
Hijos y criados, no los has de regalar si los quieres gozar.
Hombre instruido, dos veces nacido.
La buena madre no dice ¿quieres?
La costumbre es una segunda naturaleza.
La escuela que no recria, no vale para guía.
La escuela que no vigoriza, es una mala nodriza.
La estopa es como la hilan, y el mozo, como le despabilan.
La hija de la ramera, ¿cómo es criada?
La letra, con sangre entra.
La mala doctrina no tiene medicina.
La manzana podrida, pierde a su compañía.
La masa y el niño, en verano han frío.
La necesidad hace maestro.

Latigazo de madre, ni rompe hueso ni saca sangre.
 Latigazo de madre, señal no hace.
 Leño y enseño del mal hijo hacen bueno.
 Letras sin virtud, perlas en muladar.
 Levantóse mi padre, sentóse mi madre.
 Leyendo y preguntando, el necio se hace sabio.
 Libro cerrado, no saca letrado.
 Lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama.
 Lo que entra con el capillo, sale con la mortaja.
 Lo que de niño se mama, en la mortaja se derrama.
 Lo que en la vejaz cohonde, no hay maestro que lo adobe.
 Lo que da natura, tararura.
 Lo que se aprende en la cuna, siempre dura.
 Lo que se aprende con la leche en los labios, no se olvida con los años.
 Los niños, de pequeños, que no hay castigos después para ellos.
 Los niños y los locos dicen las verdades.
 Los padre a yugadas, y los niños a pulgadas.
 Madre ardida, hace hija tollida.
 Madre pía, daño cría.
 Madre piadosa, cría hija medrosa.
 Mal ganado es de guardar, doncellas y mozas por casar.
 Mala doctrina, no tiene medicina.
 Manos del maestro, son ungüento.
 De Año Pedagógico.

R. B. G.

VARIA

Celébrase en San Fernando fiesta escolar.

Celébrase en Madrid la fiesta contra la mortalidad infantil.

Celebra la Unión Médica el IX Concurso de Higiene Popular y Cultura física.

¿No se podría organizar en Cádiz «El día del niño», en que tomaran parte desde los pequeños de pecho hasta la pubertad?

En el Concurso de Higiene se hace todo eso, pero en escala variada de otros elementos: tal vez asociando varias entidades al objeto infantil, se lograría mayor beneficio para el bien del niño en general.

Se ha celebrado en Barcelona un homenaje al insigne pediatra español, doctor Martínez de Vargas: ha sido una fiesta altamente simpática, de la que con más detenimiento nos ocuparemos.

Bien merece el ilustre aragonés ese tributo de justicia por una vida consagrada al bien de los niños y por haber puesto alto y honroso, fuera de España, el pabellón español. El doctor Martínez de Vargas no es un *contaminado* de la peste catalanista.

Establecemos con gusto el cambio con los compañeros *Jerez Médico*, *La Medicina de los Niños*, *Medicina Ibero*, *Revista Escolar*, a la que agradecemos infinito los conceptos tan lisonjeros como inmerecidos que nos dedica; *Revista Médica*, *Liberal*, *Medicina Práctica* y otras de que daremos cuenta, haciendo la debida mención.